



EN 1534, el pirata turco Barbaroja se apoderó por traición y engaño del reino de Túnez y se hizo rey de aquellos moros berberiscos, destronando a Muley-Hacem, su Señor natural y legítimo. Escribió éste desde el fondo de la Arabia, donde se había refugiado, al Emperador Carlos V, pidiéndole auxilio contra el turco, y entonces fué cuando el Emperador emprendió aquella gloriosa jornada de Túnez, que forma una de las más brillantes páginas de su historia. Muley-Hacem quedó restituído en su trono, Barbaroja y los turcos expulsados ignominiosamente de Túnez, y el fuerte de la Goleta, que es llave de todo aquél reino, quedó en poder de los españoles como garantía contra turcos y berberiscos, pues amigos o adversarios, eran todos igualmente bárbaros y enemigos del nombre cristiano.

Tenía este Muley-Hacem dos hijos, Muley-Hamida y Muley-Hamet: receloso el primogénito que era Hamida, de que su padre (Muley-Hacem) favoreciese al segundo hijo dejándole la corona, alzóse en armas contra él y le arrojó del trono arrancándole bárbaramente los ojos. Aterrado el

segundo hijo Muley-Hamet, huyóse a Palermo bajo la salvaguardia del Rey de España, y triunfante entonces Hamida, negóse a pagar el tributo concertado entre Carlos V y su padre, y púsose bajo la protección de Selim II, rindiéndole vasallaje. Y de aquí vino el castigo de su culpa: porque Aluch-Alí, el tifoso, que era entonces Virrey de Argel, invadió el reino con sus turcos en nombre de Selim y so pretexto de ampararlo lo sujetó con mano férrea a su tiranía de reyezuelo y a sus rapiñas de pirata renegado. Tal era el estado del reino de Túnez, cuando D. Juan de Austria recibió orden de su hermano de conquistarlo y colocar en el trono a Muley-Hamet, fugitivo todavía en Palermo, bajo las mismas condiciones que se lo había restituido a su padre Muley-Hacem el Emperador Carlos V.

Tenía esta empresa para D. Juan de Austria, aparte de otros intereses, el particular encanto de ser la misma que tan gloriosamente llevó a cabo su padre treinta y nueve años antes; conocíala él en todas sus circunstancias por haberla oído referir mil veces a Luis Quijada, que fué uno de los principales héroes en aquella campaña. Quiso, pues, D. Juan seguir en ella paso a paso las huellas de su padre y salió de Nápoles el 1.º de Agosto (1573) con la mayor parte de la flota y la infantería italiana y española, esperando recoger el resto de naos, gente, vituallas y pertrechos de guerra a su paso por Mesina, Palermo, Trápana y la isla Favignana. Reuniósele en Mesina el Marqués de Santa Cruz con el resto de la infantería, y mientras se cargaban las naves, adiestraba D. Juan a los soldados con ejercicios continuos y simulacros que dirigía él mismo, sujetándolos a la más severa disciplina. En una de estas ocasiones estando presente el estandarte Real y presenciando el caso D. Juan desde una altura, osó un caballero florentino sacar la daga y herir a traición a un capitán italiano. Hízole don

Juan degollar, sin que a nadie extrañase la orden, ni pareciese el rigor excesivo. Acaeció esto en Mesina el 19 de Agosto.

Detúvose igualmente en Palermo y Trápana, donde fué recibido con magnificencia: «Habían hecho los trapanenses, dice el Confesor Serviá en su diario, un puente para su Alteza que entraba cien pies dentro del mar. Tenía en la frente tres arcos y diecisiete por largo. En el arco de medio hacia la mar, tenía las armas reales: a la mano derecha las de su Alteza, y a la izquierda las de la ciudad. Eran las columnas y arcos cubiertos de tafetán amarillo, azul, verde y colorado. Sobre cada una de las columnas había una banderilla amarilla y roja de tafetán. Presentáronle un muy gentil caballo tordillo, cubierto de terciopelo negro con guarniciones de oro.» Y más adelante añade: «A 30 después de comer, fué su Alteza á visitar la Anunciata de Trápana. Es un monasterio de Carmelitas, fuera de la ciudad, de muy gran devoción; y á la tarde se confesó en la sacristía donde también en otro tiempo se había confesado el Emperador Carlos V, su padre».

Reunióse al fin toda la flota en Marzala a dieciocho millas de Trápana, en un hermoso puerto cegado de antiguo, que se llamó desde entonces de *Austria* por haber sido D. Juan quien le hizo abrir y disponer. Había 140 naves de gran porte, 12 barcones, 25 fragatas, 22 falúas, y repartidos entre todas ellas 20.000 infantes españoles, italianos y tudescos, sin contar los muchos aventureros y entretenidos; 750 gastadores, 400 caballos ligeros, buena artillería, municiones en abundancia, máquinas y vituallas suficientes, y numerosas parejas de bueyes para arrastrar los cañones. En las galeras de Sicilia venía con el Duque de Sesa el infante moro Muley-Hamet, destinado a ocupar el trono de Túnez.

El día 7 de Octubre, aniversario de la batalla de Lepanto, confesó y comulgó D. Juan en un monasterio de Capuchinos que había en las afueras de Marzala, y por la noche salió del puerto de Austria al frente de toda la flota con rumbo al Africa. El día 8, al anochecer, dieron vista a la Goleta, y con emoción profunda vió D. Juan desde el castillo de popa de su galera destacarse sobre las pardas montañas, aquellos blancos torreones que a costa de tanta sangre conquistó su padre. Veíanse a los soldados correr gozozos por los baluartes saludando al estandarte Real, e hicieronle una grandiosa salva de artillería y arcabucería que retumbó magestuosamente y relució con singular belleza entre las sombras de la noche que con suave pausa caían. Al otro día muy de mañana, desembarcó D. Juan el primero, con varios señores, entre los cuales estaba Juan de Soto, que sin dejar de ser Secretario era ya Proveedor de marina. Aún no habían tenido tiempo de franquear el primer baluarte de la Goleta, cuando vieron venir por el camino de Túnez un pelotón de moros de a caballo que corría hacia ellos agitando haces de coscoja con tocas blancas prendidas en señal de paz.

Hízoles D. Juan entrar en una sala que allí mismo había por la parte de adentro del rebellín, y sentóse en un estrado para recibirlos rodeado de sus caballeros. Mostrábanse los moros entre azorados y curiosos, y no osaron franquear la puerta sin descalzarse antes y soltar en el suelo sus armas, que eran alfanjes moriscos anchos y cortos, dagas y algunas lanzas de a cuarenta y cinco palmos. Entraron solo tres de ellos, que parecían principales, descalzos, vestidos largos capellares oscuros que les llegaban a los tobillos, y tocadas las rapadas cabezas con turbantes moriscos; los demás, gente, al parecer, llana, con zamarros y jaiques de colores, apiñábanse en el umbral, puestos en cucullas a su usanza,

las cabezas inclinadas y los ojos bajos como si la presencia de D. Juan les deslumbrase y no osaran ante él levantar la vista.

Venía entre ellos un renegado calabrés, y sirviendo éste de intérprete, hicieron saber a D. Juan el estado de Túnez, que era únicamente a lo que venían... El solo anuncio de la venida de D. Juan, llenó a turcos y moros de consternación y espanto: mas cuando supieron la noche antes la noticia de su llegada, y por unos pescadores berberiscos apostados al intento en la entrada del golfo tuvieron informes de la poderosa flota que traía, el pánico en Túnez llegó a su último grado: huyeron los tres mil turcos de la guarnición, pillando y saqueando antes cuanto pudieron a los naturales; siguiéronles los cuarenta mil moros de las milicias de la Provincia, y los vecinos pacíficos sin protección ya y sin gente de armas que les defendiesen y amparasen, huyeron también a Carvan, Biserta y otros lugares y montañas, llevándose cuanto podían, y escondiendo lo que era imposible llevar, en pozos, cisternas, silos y otros escondrijos. Sólo quedaban en Túnez los viejos, mujeres y niños, y en cuanto al Rey Muley-Hamida, abandonado de todos, solo y sin defensa, habíase embarcado para la Goleta con su hijo, dando un largo rodeo, para evitar encuentros, dispuesto a entregar el reino a D. Juan y ponerse bajo el amparo de este Príncipe que tanto enaltecía la fama por su valor heroico como por su magnanimidad y nobleza. El triunfo de D. Juan era grande: había ganado otras victorias con la fuerza de las armas; pero esta la alcanzaba solo con el prestigio de su nombre.

No creyó D. Juan ligeramente las palabras de los moros, porque hartos los sabía arteros y mentirosos. Despidióles, sin embargo, con benignidad y mandóles volver a Túnez y decir allí que a Túnez iba él al frente de su ejército, y que

con la ayuda de Dios presto lo tomaría, abriéranle o no se le abriesen las puertas. Mandó también a sus caballeros que sacasen los moros fuera y les diesen de comer y les agasajasen, a fin de darles tiempo de ver los formidables aprestos de guerra que desembarcaban entonces y llevasen a Túnez noticia cierta de ellos.

Al día siguiente, que era 10 de Octubre, sacó D. Juan mil quinientos soldados viejos de los que formaban aquel presidio, y enviélos de vanguardia a Túnez a las órdenes del Marqués de Santa Cruz con encargo de averiguar y avisarle lo que hubiera de cierto en los informes de los moros. Cuatro horas después púsose en marcha todo el ejército en ordenada formación, aparejado y dispuesto como si a cada paso fueran a encontrar al enemigo. Era el calor sofocante, a pesar de correr ya Octubre, el suelo arenoso y movedizo, y caminaban los soldados aplanados por el peso de las caldeadas armas y el ardor de la sed que se hacía sentir de manera abrasadora. D. Juan, para dar ejemplo como en otro tiempo su padre Carlos V, iba recorriendo toda la línea a caballo, armado de punta en blanco, con su bastón de Capitán General en la mano. Dice el diario de Fray Miguel Serviá, que también fué de aquella jornada: «En todo el camino anduvo su Alteza en su caballo ordenando la gente y prohibiendo que nadie se desbandase, mostrándose ahora en la vanguardia, ahora en la retaguardia, a las veces mandando caminar la artillería y con gran orden mandando caminar la gente».

Entraron al fin en aquellos famosos olivares del camino de Túnez, en que los veteranos de Carlos V realizaron tan portentosas hazañas, y allí mandó acampar D. Juan en torno de unos pozos donde saciaron los soldados la ardiente sed que les devoraba. En todo aquel trayecto no habían encontrado rastro alguno del enemigo, ni otro ser humano que

un cabrero viejo que huía hacia la montaña; confirmóles éste la noticia de que turcos y moros habían desamparado la ciudad.

Llegaba mientras tanto el Marqués de Santa Cruz con sus veteranos a las puertas de Túnez, y encontrábanlas de par en par abiertas; mas desconfiado siempre de la astucia y falsía de los moros, no se aventuró a entrar en la ciudad sin grandes precauciones. Marchaban los soldados uno a uno, en dos largas filas, pegados al caserío de las estrechas callejas y echados a la cara los arcabuces, apuntando siempre a las puertas y ventanas, que aparecían en su totalidad desiertas. En muchas casas veíanse las señales del reciente saqueo de los turcos: rotas las puertas y persianas y destrozados los preciosos patios con arcos, columnas y aljibe de mármol en medio, rodeándolo naranjos y granados cargados de frutas.

En esta forma atravesaron la ciudad y comenzaron a subir a la Alcazaba que está en una altura hacia el lado de Poniente: era muy espaciosa y con muy fuertes murallas, y en un cubo de una de ellas, junto a la cerrada puerta, vieron como una veintena de moros rodeando a otro viejo y gordo que les hacía señas con un lienzo blanco, y que juzgaron sería el Alcaide. Adelantóse el Marqués a caballo con cuatro de sus veteranos, y empinándose sobre las estriberas dióles voces preguntando que por quién tenían aquella fortaleza. Contestó el viejo que por el Rey Muley-Hamida; pero puesto que éste se había huído a la Goleta a ponerse bajo el seguro del señor D. Juan de Austria, dispuesto estaba a entregar la fortaleza a dicho señor D. Juan en cuanto se presentase. Dióse con esto por satisfecho el Marqués, y rehusó tomar las llaves, reservando este honor para D. Juan de Austria: envió al punto un correo a éste anunciándole lo sucedido y recogió sus tropas en las atara-

zanas, que están en la parte baja de la ciudad, para esperar allí la llegada del ejército. Caminaban los soldados a su vuelta menos recelosos y prevenidos, y como ellos por su parte no cometían desmán ni tropelía, tranquilizábanse los pocos vecinos que quedaban en Túnez, y comenzaban a asomar por las entreabiertas persianas atezadas cabecitas de chiquillos, bultos de mujeres tapadas y viejos que salían a las puertas haciendo zalemas a los invasores. Llamaba también la atención la multitud de animales domésticos, gallinas sobre todo, que vagaban por las calles, y parecían escapados de cuadras abandonadas y corrales abiertos.



VI

RECIBIÓ D. Juan de Austria el mensaje del Marqués de Santa Cruz a dos millas de Túnez en un lugarejo desierto que llamaban Diana, donde había acampado. Mandó dar al punto un pregón anunciando que daba a saco la ciudad de Túnez, a condición de que no se hiriese, ni matase, ni hiciese esclavo a persona alguna. Púsose de seguida en marcha y a las dos llegó a Túnez: dejó al ejército en formación ante las murallas, y entró solo con sus capitanes para reconocer la ciudad por sí mismo, disponer los cuarteles y alojamientos a fin de evitar desmanes de la soldadesca y dar seguro a los moros que se presentasen, que fueron todos los que había en Túnez. Salióle al encuentro el Alcaide de la Alcazaba con otros moros principales y presentóle las llaves de esta fortaleza, con una humilde arenga digna al mismo tiempo. Escuchóle D. Juan con mucha cortesía sin apearse del caballo, y no tomó las llaves que rendidamente de rodillas le presentaba el Alcaide: hizo señal al Marqués de Santa Cruz de que las tomase él y las guardase, en señal de haber sido el primero que penetró en la plaza (1). Es-

(1) Conserva estas llaves con gran veneración el señor Marqués de Santa Cruz en su palacio de Madrid, juntas con otros gloriosos recuerdos de su ilustre ascendiente.

cribió luego desde la misma Alcazaba a su hermano Felipe II, anunciándole que era ya Su Majestad señor de Túnez sin haberse disparado un tiro, y dió al fin la señal del saco, que fué abundante y en cuanto cabe ordenadísimo, sin más desmanes que la muerte de un viejecillo refugiado en una mezquita y varios incendios promovidos por los italianos, lo cual castigó D. Juan sin pérdida de tiempo haciendo ahorcar a cuatro de ellos: «Hallóse en la ciudad, dice el diario de Fray Miguel Serviá, mucho trigo, cebada, lana, manteca, aceite y mucha ropa; pimienta, canela, clavo, jengibre, muy ricas porcelanas y almaizales. Sacaron de pozos, cisternas y silos muy ricas aljubas, oro, plata y otras cosas; y aquellos primeros días no se comía otra cosa sino gallinas, porque eran sin cuenta las que se hallaron. Repartieronse los soldados luego por sus cuarteles y no entendían en otra cosa sino en cavar por diversas partes de la ciudad y buscar ropa y aprovecharse de lo que podían y luego sacaban a vender lo que hallaban, dando la ropa a muy bajo y vil precio. En algunas partes de la ciudad pusieron los italianos fuego, cosa de que su Alteza mostró enojarse mucho, pero luego acudió mucha gente y se remedió».

En la Alcazaba sucedió a D. Juan un muy extraño caso: era este Alcázar, como ya dijimos, muy espacioso y fuerte: tenía dentro de sus muros anchos patios claustrados, huertas, jardines, y muy cómodas habitaciones ricamente alhajadas a la usanza morisca, con pavimentos y fuentes de mármol blanco. Eran estas habitaciones las del Rey Muley-Hamida y allí se aposentó D. Juan: había en ellas una escalera de caracol que bajaba a un jardinillo muy fresco, con callecitas de arrayán y preciosos arriates de flores y naranjos, limoneros, membrillos y granados: más allá estaban los baños y detrás de éstos la parte vieja y ruinosa de la Alcazaba. El día después de su llegada, bajó D. Juan a este

jardín a la hora de siesta en busca de fresco: acompañábanle Gabrio Cervelloni, Capitán general de la artillería, y Juan de Soto, y sentáronse en una especie de bancos de azulejos moriscos que a la sombra de unas espesas enredaderas había: el calor, la hora, el suave sosiego de aquel delicioso sitio, y el rumor del agua que corría tornaron bien pronto la plática desmayada y sumiéronles al fin en ese dulce embeleso que suele preceder al sueño. De repente saltó Cervelloni de su asiento echando mano a la daga y otro tanto hicieron D. Juan y Soto... Veían que por una de las callecitas de arrayán se adelantaba pausadamente un enorme león de alborotada melena: pareció el animal extrañarse a la vista de los tres personajes, y se detuvo un momento, mirando como sorprendido, con una pata en alto: mas prosiguiendo mansamente su camino, llegóse a D. Juan que se había adelantado, y frotándose contra sus piernas como un perro, echóse humilde a sus pies. Apareció entonces por el lado de los baños un esclavo nubiano, y explicóles, con pintoresca mímica, que aquel hermoso animal era un león domesticado para solaz del Rey Hamida y que vivía familiarmente con todos los habitantes de la Alcazaba. Acaricióle entonces D. Juan blandamente la melena, y tal corriente de simpatía se estableció desde aquel momento entre el *león de Austria* y el león del desierto, que vino a ser éste el más fiel servidor de aquél, y así lo cuenta el gran caballero D. Luis Zapata de Calatayud, que le alcanzó a ver muchas veces: «Dióle D. Juan su mismo nombre de *Austria*, dice el citado Zapata en sus *Misceláneas*, y de día y de noche nunca de su presencia se quitaba como un fiel Capitán de su guarda. Al negociar con todos en Nápoles, echado ante él le tenía puesto el pie encima y como un lebrél la barba en tierra, y de contento con tal favor coleccionando: estaba a su comer a la mesa, y allí comía de lo que

el señor D. Juan le daba, y venía asimismo cuando se lo mandaba dar, y en la galera el esquife de ella era su morada: y cuando iba a caballo iba a su estribo como un lacayo, y si a pie detrás como un paje: ni había oficio en su real casa que el manso y obediente león no representase, hasta ser de día y de noche de los de su cámara, y tal vez si se enojaba con alguno que iba a arremeter con él para acometerle, a una voz del señor D. Juan llamándole: «Austria, tate, pasa aquí» se ponía en paz y se iba a echar en su misma cama. Este hermoso y raro animal, partido el señor D. Juan de Nápoles para Flandes, fueron tantos los gemidos y ahullidos que dió de pesar que puso a todos los de aquel reino gran maravilla y espanto, hasta que de pura tristeza de la ausencia y pérdida de su amo, comiendo mucho y comiendo poco, vino a acabarse».

Este es el león que suele verse pintado en algunos retratos de D. Juan de Austria, y el carácter jovial y caballeresco de éste, le llevó entonces a firmarse humorísticamente en las cartas a sus dos íntimos amigos D. Rodrigo de Mendoza y el Conde de Orgaz, *el caballero del león*; y en otra a Juan Andréa Doria lamentándose de sus trabajos en Flandes, dice: «De la buena vida de Génova y su ribera no tiene *el caballero del León* un tan solo punto de invidia, tras que la suya es en mucho mayor extremo trabajosa que la del *caballero descansado*, descansada» (1).

Estudió muy detenidamente D. Juan las fortificaciones y posición estratégica de Túnez cumpliendo las órdenes de Felipe II, y tuvo largas pláticas sobre ello con Gabrio Cervelloni, muy entendido en estas materias; pero lejos de decidirse a dismantelar la ciudad, como era parecer del Rey,

(1) Este *caballero descansado* era el mismo Juan Andrea Doria a quien D. Juan llamaba así en broma por la vida ociosa y regalona que hacía a la sazón en Génova.

decidió construir un nuevo fuerte capaz de ocho mil hombres que completara su defensa. Está Túnez situada a orillas de una inmensa laguna de muy poco fondo que llaman *el Estaño*, que no es otra cosa sino el antiguo puerto de Cartago la famosa, cegado por los siglos, la incuria y las inmundicias todas de Túnez que allí vienen a parar. Desemboca esta laguna por un estrecho canal en el golfo de Túnez y en esta abertura es donde se hallaba la Goleta defendiendo la entrada: en el lado opuesto hay una isla separada de Túnez por otro canalillo estrecho y en ella era donde pensaba D. Juan levantar el nuevo fuerte con comunicación cubierta con la Alcazaba. Aprobaron calurosamente el proyecto los más de los consultados, y desecháronlo algunos espíritus tímidos o aduladores, para quienes disenter del Rey, era abierta desobediencia. Mas D. Juan, firme en su idea, mandó a Gabrio Cervelloni ponerla en práctica sin pérdida de tiempo: lo cual no se pasó por alto y supo utilizarlo más tarde el astuto Antonio Pérez, siempre al acecho.

Mientras tanto, tranquilizados los moros con la conducta humana y generosa de D. Juan, fiaron en él en absoluto y a diario volvían a sus casas los fugitivos y bajaban de la sierra moros del campo a vender pan, carne, huevos, aceitunas, pescado, vaca, carnero y otras mil cosas, con tanta paz, confianza y sosiego, como pudiera hacerse en un mercado ordinario. Quedaba sin embargo en Bizerta una guarnición de turcos; mas el moro Horrus, que era su Alcaide, cayó sobre ellos por sorpresa con algunos vecinos y los degolló a todos: apoderóse luego de una hermosa galera turca que estaba en el puerto, esclavizó a unos y mató a otros de la chusma, y puso en libertad a 156 cautivos cristianos que en ella había. Hecha esta hazaña fuese a Túnez con veintidós moros principales y los cautivos cristianos por delante, para entregar éstos a D. Juan y darle él la obediencia.

Sucedió esto el 13 de Octubre y el 14, seguro ya D. Juan de la sumisión de todo el reino, dióle públicamente posesión de él al Infante Muley-Hamet; pero no con título de Rey de Túnez, sino con el de Gobernador en nombre de Su Majestad Católica D. Felipe II, Rey de España. Escribió también aquel mismo día a la Goleta dando orden a D. Juan de Cardona para que embarcase en una galera para Palermo y diese otra de escolta, al Rey destronado Muley-Hamida, con su hijo y todos los moros de su acompañamiento que quisieran seguirle. Negóse al principio el soberbio moro a embarcarse; mas convencido por su hijo y los que le acompañaban, de que no había medio de evitarlo, dejóse llevar a la galera sin resistencia. Iba envuelto en un largo capellar morado y un albornoz blanquísimo encima, con la capucha echada, ocultando el rostro de facciones abultadas, muy moreno, avieso, con barba rala: caminaba muy despacio y con grave majestad, los brazos cruzados sobre el pecho, fijos los ojos en aquel suelo africano que por última vez pisaba. Al pasar del esquife a la galera hicieronle salva con dos cañones y la chusma hizole también la suya propia que llamaban *de forzado*.

Abandonóle entonces su impasibilidad africana, y rompió a llorar, diciendo amargamente en arábigo: *¡Rey sin corona, hombre sin libertad, mal te vienen las salvas!* Este fué el Rey Muley-Hamida, a quien llamó Cervantes *el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo* (1).

(1) El hijo del Rey Hamida, atraído por los buenos ejemplos de don Juan y por su afable generosidad, se convirtió al fin al cristianismo y fué bautizado en Nápoles con el nombre de D. Carlos de Austria. Fueron sus padrinos el mismo señor D. Juan y D.^a Violante de Moscoso y sirvió desde luego en la Armada con 1.200 escudos de entretenimiento por cuenta de Su Majestad. En cuanto al Rey Hamida, siempre orgulloso y fiero, pidió le trasladasen de Nápoles a Palermo por no ver a su hijo hecho cristiano y murió allí a poco consumido de tristeza y desesperación.

Sosegado Túnez y contentos los moros con su nuevo gobierno, volvióse D. Juan a la Goleta, y comenzó sus preparativos de marcha. Dejó 8.000 hombres repartidos entre la Goleta, Túnez, Biserta y la isla donde se comenzaba a construir el nuevo fuerte, y nombró General de cada uno de estos presidios a D. Pedro Portocarrero, Gabrio Cervelloni, D. Francisco de Ávila y D. Juan Zagonera. Hecho esto, embarcóse el 24 de Octubre al anochecer llevando por delante todo el resto del ejército menos al Marqués de Santa Cruz, que quedó con las galeras de su mando a retaguardia. En Palermo supieron la muerte de la Princesa D.^a Juana, acaecida en el Escorial el 8 de Setiembre: afectóle profundamente a D. Juan la pérdida de esta hermana querida y viéronle los de su cámara llorar como un niño afligido en el secreto de su aposento: lo cual prueba que no están reñidos el valor y la energía con la sensibilidad y las lágrimas que brotan de puros y tiernos afectos. Hicieron grandes exequias en las iglesias y mandó D. Juan enlutar toda la flota, pintando y colgando de negro todos los palos, antenas, remos y obras muertas de las naves.

No impidió, sin embargo, este aparato de luto el grandioso recibimiento que hicieron a D. Juan en Nápoles: tuvo aquello algo de las solemnes entradas de los antiguos triunfadores romanos, sin que faltasen al cortejo los Reyes y Príncipes cautivos, como Muley-Hamida y su hijo, y las fieras extrañas de otros países, representadas allí por el león Austria que caminaba al estribo de D. Juan, conducido por dos robustos nubianos que tenía a su servicio, sin parecer sorprenderse ni extrañarse de las músicas, ni de las salvas, ni de aquella multitud abigarrada cuyo entusiasta vocerío acompañó a D. Juan todo el trayecto desde el muelle al palacio.

Entró D. Juan en Nápoles el 12 de Noviembre, y el 13

salió para Roma Juan de Soto con la misión secreta de decir al Papa en nombre de D. Juan de Austria, que ya estaba terminada la empresa de Túnez, en lo que a él tocaba; y que si persistía en darle la investidura de aquel reino que antes le había ofrecido, interpusiese sus buenos oficios con Felipe II, para que sin el menor asomo de deslealtad y completo consentimiento suyo pudiese él aceptarla. Supo el Embajador D. Juan de Zúñiga, la llegada a Roma de Soto, y aunque no pudo traslucir los motivos, apresuróse a dar aviso a Felipe II, al cual llenó la noticia de sorpresa y de nuevos recelos. Pronto sin embargo, salió de dudas, porque de allí a pocos días presentósele el Nuncio Ormanetto, Obispo de Padua, y por encargo especial de Gregorio XIII le explicó muy por menudo los planes de éste sobre el reino de Túnez y sobre D. Juan de Austria, instándole vivamente a que los aprobase y favoreciese. Escuchóle atentamente D. Felipe, y como si aquellos planes no se dirigiesen al bien de toda la cristiandad, sino al solo provecho de D. Juan de Austria, limitóse a agradecer mucho a Su Santidad el interés que se tomaba por su hermano, y a encargar al Nuncio que así lo dijese a Gregorio XIII.

Tres días después escribió una carta a su hermano que Lorenzo Vander-Hammen extracta de esta manera: «Que no le diese cuidado su persona pues miraba él por ella, y su acrecentamiento, como á quien tanto le tocava; que ni era ocasión aquella hasta ver lo que resultaba de la jornada pasada, ni aquello le podia ser de autoridad o útil, sino de mucho embaraço a todos y cuidado grande; que se miraría bien la cosa, y despacio como el caso pedía, y siendo tal como convenía, él sería quien primero acudiese a la ejecución porque lo deseaba».



VII



DISGUSTÓ mucho a Felipe II su entrevista con el Nuncio Ormanetto, porque en ella pudo convencerse de que el Papa trataba seriamente de arrancar a D. Juan de Austria de su dependencia dándole una corona, y que éste por su parte dejábase llevar y aun salirle al encuentro en todo lo que le permitía su lealtad caballeresca. Afirmaba Antonio Pérez sus temores haciéndole ver que la conservación de las fortalezas de Túnez contra el parecer de D. Felipe, y el viaje secreto de Juan de Soto a Roma, eran ya actos de verdadera independencia; y como no osaba aún acusar a D. Juan a las claras, cargaba la mano sobre el secretario Soto, atribuyéndolo todo a su influencia y sus manejos, y volviendo a insistir en la necesidad de apartar del lado de D. Juan consejero tan peligroso, y sustituirle con un hombre templado y enérgico que supiera calmar sus ambiciosas vehemencias. Este hombre templado y enérgico que Pérez se atrevió ya a proponer, era Juan de Escovedo, antiguo familiar de la casa del Príncipe de Évoli,

hechura completa de éste y a la sazón Secretario del Rey en Hacienda.

Traía todo esto a D. Felipe caviloso y perplejo; pesábale disgustar al Pontífice, cuyo desinterés y santos fines le eran harto conocidos; no quería tampoco desesperanzar a su hermano, porque aunque no dudaba de su lealtad, temía, a fuer de desconfiado, sujetarle a pruebas harto recias y frecuentes. En este aprieto juzgó muy cuerdamente que quitada la ocasión cesaría el peligro, y resolvió deshacerse en cuanto le fuera posible de *aquel embarazo y cuidado de Túnez*, y en este sentido escribió a D. Juan la carta que más arriba extractamos. Decidióse también a seguir el consejo de Antonio Pérez, nombrando Secretario de D. Juan de Austria a Juan de Escovedo; y porque su natural justo y prudente no encontraba razón para lastimar a Juan de Soto, ni motivo tampoco para privarse de sus útiles servicios en otra parte, confirmóle el nombramiento de Proveedor de la Armada en Italia, que era a la vez cargo de honra y de provecho.

Marchó, pues, Juan de Escovedo a reunirse con D. Juan de Austria en Nápoles, llevando orden expresa del Rey y eficaz recomendación de Antonio Pérez, de moderar las aspiraciones ambiciosas de D. Juan y reducirle a mero instrumento de la política de su hermano, sin miras algunas propias. Este hombre, célebre después por el tenebroso drama de que fué víctima, contaba entonces de cuarenta y cinco a cincuenta años, y más que noble hidalgo de Asturias, parecía zafio villano de cualquiera parte; era de estatura mediana, fornido, algo cargado de espaldas y tan moreno de rostro y teñido del color verduzco de la bilis, que en la correspondencia secreta de Felipe II y Antonio Pérez se le designa a menudo con el nombre del *Verdinegro*. Compensaba, sin embargo, con creces su áspero trato y

falta absoluta de modales, con un corazón generoso y abnegado, austera honradez, entendimiento clarísimo y una actividad enérgica capaz de hacer frente a todos los obstáculos. Ruy Gómez y Luis Quijada le estimaron mucho y le honraron no poco en vida, y D.^a Magdalena de Ulloa había conservado en su retiro tan buen recuerdo de su honradez y rectitud, que no bien supo el nuevo cargo de Escovedo, apresuróse a escribirle la siguiente carta: «Ilustre Señor: he querido escribir a v. m. el contento que me ha dado verle en compañía del S.^{or} D. Juan, porque ninguna cosa en la tierra deseo yo que ver en su compañía gente tal, porque conoce la necesidad que dello tiene y lo que se aprovecha dello, y porque S. A. no se descuide de avisarme le he suplicado que eche la carga a v. m. a quien suplico me la haga en avisarme en todos los correos lo que v. m. viere que puedo desear saber del S.^{or} D. Juan y de lo que se hace, y también a v. m. suplico que con ningún correo deje de ser avisada, porque quien está tan colgada, con cualquiera que me falte me dá gran sobresalto, y podrá v. m. dar las cartas en casa de D. Pedro Manuel, que yo por aquella via responderé u por donde v. m. mandase; y porque creo que aunque sea esta importunidad, lo hará por hacerme a mí merced, acabo suplicando a Nuestro Señor dé a v. m. tan buen viaje y tan buenos sucesos en él como deseo. Nuestro Señor la ilustre persona de v. m. guarde y acreciente como deseo. A servicio de v. m., *Doña Magdalena de Ulloa*».

Gregorio XIII, por su parte, no cejaba en su empeño, y perdida toda esperanza de que Felipe II ayudase sus planes sobre el reino de Túnez, volvió los ojos a otro proyecto, fracasado ya en tiempo de San Pío V, pero que deseaba él resucitar con nuevo y vigoroso empuje, confiando su ejecución a D. Juan de Austria, *per il valore e la felicità che*

porta seco, decía el Pontífice. Maduraba éste en silencio su misterioso proyecto, que tanto provecho había de reportar a la cristiandad y tanta gloria a D. Juan de Austria, y mientras llegaba la hora de descubrirlo, complaciase en prodigar a éste pruebas de consideración y afecto que solo se concedían entonces a los reyes y príncipes soberanos.

Por Marzo de aquel año de 74, envióle con su camarero mayor a Nápoles la *rosa de oro* bendita el domingo de ramos, que según antigua costumbre solían y aún suelen enviar los Papas al rey o reina que más gratitud ha merecido de la Santa Sede durante aquel año. Esta distinción inusitada asustó al Cardenal Granvela, virrey de Nápoles, nada afecto a D. Juan, y apresuróse a dar aviso de ella a Felipe II. El 24 de Marzo llegó a Nápoles el Camarero mayor del Papa con la rosa de oro, y el 25 hízose en la iglesia de Santa Clara la entrega solemne. Los frailes de Santa Clara, entusiastas de D. Juan, pusieron al lado del Evangelio un estrado de terciopelo carmesí para recibirle, con *silla y cortina*, como suele hacerse con los Infantes de España. Súpolo Granvela y callóse y dejólo pasar, por tener algo que reconvenir a D. Juan si lo aceptaba: mas prevenido éste a tiempo, mandó quitar el dosel y añadir otra silla a la izquierda de la suya para Granvela; con lo cual quedó sin efecto la mala intención de éste.

El entusiasmo en Nápoles por esta nueva honra tributada a D. Juan era grande, y todos quisieron tomar parte en ella: hízose punto de honra en las damas asistir a la fiesta con rosas simbólicas en el tocado y en el pecho, y desde el Cardenal hasta el último monago, viéronse asediados con demandas de sitios. Imposible fué, sin embargo, complacerles a todos, y viéronse aquel día señoras tituladas en medio del arroyo, empinadas sobre las escaleras, apiñadas en las puertas y hasta en las cornisas de las ca-

pillas, ansiosas todas de ver y ser vistas. Hubo desmayos de sofoco, chillidos de protesta, codazos de mal humor y lechuguillas arrugadas, monteritas torcidas, verdugados chafados, mantos desprendidos, joyas perdidas y rosas sembradas a granel de las que habían ocupado tan honoríficos puestos. A una grave consejera rompiósele el collar, que era una sarta de perlas de las que solo pudo recuperar una media docena.

Venía D. Juan entre el Cardenal Granvela y el Arzobispo de Montreal, y seguíanle todos los Príncipes, Duques, Marqueses y Condes que había en Nápoles, que eran muchos, y otra infinidad de caballeros. Celebró la misa un Obispo, y el de Castelmare, que era capellán mayor del Rey, dióle la paz a D. Juan y presentóle para besar el libro de los Evangelios. El Camarero mayor del Papa estaba al lado de la Epístola en un banco sin respaldo cubierto de terciopelo carmesí; tenía puesta una sotana de terciopelo negro y vestida encima una ropa de grana. Hallábase la rosa de oro de manifiesto en el altar mayor en un jarrón de plata: era de oro macizo, como de un pie de alta con airoso follaje: tenía diamantes esparcidos cual si fuesen gotas de rocío, y las hojas verdes formábanlas esmeraldas, algunas de grosor enorme. Concluida la misa, sacó el Camarero mayor un Breve del Papa y lo dió a besar a D. Juan, y a leer luego en alta voz a un secretario. Terminada la lectura, arrodillóse D. Juan en un almohadón de terciopelo carmesí ante el Obispo que había celebrado la misa, y tomando éste la rosa de oro de manos de un clérigo revestido, entrególa a D. Juan, diciendo: «Nuestro Santo Padre Gregorio XIII, Serenísimo Príncipe, envía á V. A. esta rosa consagrada en señal de benevolencia y paternal amor. Y yo por su mandado la entrego á V. A.» D. Juan respondió: «Beso los piés de Su Santidad por tan singular merced, y

recibo la rosa, con el acatamiento que se debe á cosa sagrada y enviada del Vicario de Cristo y universal Pastor y cabeza de la Iglesia».

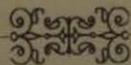
Estallaron por aquel tiempo en Génova los famosos disturbios entre la nobleza vieja y la nueva que se denominaban respectivamente *Portal de San Lucas* y *Portal de San Pedro*, y Felipe II, que tenía el protectorado de aquella república, apresuróse a enviar allí a D. Juan de Austria con algunas galeras, para pacificar a los revoltosos con habilidad y maña, y si no fuese posible de otro modo, acallarlos con la fuerza de las armas. Supo el Papa su paso por Gaeta, que dista sólo unas veinte leguas de Roma, y con el pretexto de saludarle envióle a su hijo Jacobo Boncompagni, que llevaba el encargo secreto de descubrirle aquellos planes misteriosos que de tiempo atrás meditaba el Pontífice. Acompañaban a Jacobo, por cuenta suya propia, Marco Antonio Colonna y el Embajador de España en Roma D. Juan de Zúñiga.

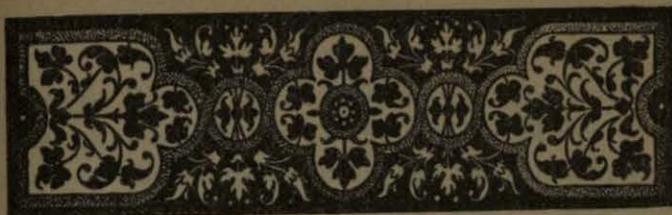
El 18 de Abril vinieron a visitar a D. Juan a bordo de su galera los tres ilustres personajes con numerosa y lucida comitiva, y al día siguiente saltó D. Juan a tierra para darles en las casas del Gobernador de Gaeta un banquete real suntuosísimo. Armóse en el salón principal la mesa, que era muy extensa y entrelarga: en la mitad de ella había dos servicios de plata muy ricos, juntos, para D. Juan y Jacobo Boncompagni, dando aquél la derecha a éste; en el extremo derecho, pero a respetuosa distancia, había otro igual para Marco Antonio Colonna, y en el izquierdo, a igual distancia, otro para D. Juan de Zúñiga. Sirviéronse ciento veintitrés platos con todas las viandas y exquisitas salsas que daba de sí la cocina italiana de entonces, sin contar los de repostería, que por tres veces cubrieron toda la mesa con distintas invenciones de torres, torneos, castillos y ani-

males fieros, de exquisitas pastas y dulces sabrosísimos; los vinos presentados pasaron de cuarenta, y ni por un momento decayó el regocijo y buen humor de los ilustres comensales y la multitud de nobles caballeros que respetuosamente de pie presenciaban el banquete, tomando en los aparadores algún bocadillo y siendo obsequiados con abundantes copas de vino.

Al terminar la comida pidió licencia Boncompagni a D. Juan para presentarle los regalos que le enviaba Gregorio XIII; unas armas de justa muy ricas, un gran bolsón de terciopelo negro con medallas de oro benditas, que se apresuró a repartir D. Juan entre todos los presentes, y una arquilla de terciopelo grana con un admirable grupo del Calvario dentro, de gran mérito artístico: tenía esta arquilla el mismo Papa en su cámara y hallábase enriquecida con innumerables indulgencias. Correspondió D. Juan a estos presentes regalando a Boncompagni un caballo de quinientos ducados con su jaez que costó 2.500, y una espada con las guarniciones de oro que valía 800 ducados.

Al día siguiente, a bordo de la galera Real y bajo aquel toldillo de damasco listado de grana y blanco, que se extendía en la popa ante la cámara de D. Juan, confióle Boncompagni a éste la empresa misteriosa que proyectaba con su ayuda Gregorio XIII. Escuchábale D. Juan atentamente, en silencio, despidiendo a veces sus ojos garzos, como si fuesen relámpagos, llamaradas de entusiasmo... Tratábase de liberrar a una hermosa reina cautiva y de arrancar un reino a los herejes.





VIII

MIENTRAS tanto la toma de Túnez hacía patente a toda la Europa lo profundo de la herida que recibieran en Lepanto el crédito y poderío de las armas otomanas. Aquella formidable derrota fué sin duda un desastre para los turcos; pero desastre glorioso por las proezas de valor que ellos hicieron y el esfuerzo titánico que costó a los vencedores alcanzar el triunfo. Mas la huída de Túnez sin disparar un sólo tiro, a la sola presencia de D. Juan de Austria, y pasados ya más de dos años de aquel rudo escarmiento, manifestó cuán hondo había calado el pánico en el ánimo de los infieles, y cuánto había crecido a sus ojos el valeroso prestigio de los cristianos, y en particular de los españoles. Hería todo esto cruelmente el inmenso orgullo de Selim y con rabiosa ansia deseaba tomar el desquite reconquistando a Túnez y la Goleta. Instábanle con rencoroso afán a esta jornada Aluch-Alí el tiñoso y el renegado Mustafá, uno de los ingenieros que construyeron la Goleta en tiempo de Carlos V: llamábase este traidor Jacobo Zitolomini, y resentido por des-

precios y negativas que recibiera de Felipe II, huyóse a Argel al lado de Aluch-Alí y llevado por éste a Constantinopla, reveló a Selim un secreto y seguro modo de tomar la Goleta.

A principios de Mayo (1574) recibió D. Juan de Austria aviso urgente de Gabrio Cervelloni de que aparejaban los turcos una muy poderosa armada; que se temía cayese repentinamente sobre Túnez, y que en previsión de esto le enviase a toda prisa recursos para terminar la fábrica del nuevo fuerte, aun no concluído. Hallábase D. Juan en Vegoven concertando los disturbios de Génova y apresuróse a enviar a Madrid al Proveedor de Marina Juan de Soto para notificar a Felipe II el peligro que amenazaba. No pareció éste alarmarse demasiado y quizás no vió en todo ello sino una ocasión pronta y segura de salir de *aquel embarazo y cuidado de Túnez*. Su respuesta manifestó por lo menos que era esta nueva conquista la menor de sus preocupaciones, pues mientras escribía al Cardenal Granvela, Virrey de Nápoles, y al Duque de Terranova, Regente de Sicilia, que vigilasen los puertos y reforzasen las guarniciones, principalmente en Mesina, Augusta, Siracusa, Trápana y Palermo, contentábase con añadir que *no se olvidasen de socorrer a su hermano, y mirar por las cosas de Berbería*. Mandó también a D. García de Toledo y al Marqués de Santa Cruz que vigilasen el modo de presidar D. Juan la Goleta, y a éste escribió *hiciese lo que mejor juzgase convenir a aquel particular, pero que tuviese en cuenta le habían dicho que bastaban dos mil infantes para defensa de la Goleta*.

Envió entonces D. Juan a Túnez sin pérdida de tiempo a D. Juan de Cardona con todas las galeras de su mando, llevando los socorros que Gabrio Cervelloni pedía. Resultaron éstos escasos y reiteraron los de Túnez su demanda;

agotando entonces D. Juan todos sus recursos, envió a don Bernardino de Velasco con veinte galeras de Nápoles y cuatro compañías de infantería italiana. En estas idas y venidas íbase ya entrando el verano, y el 13 de Agosto apareció en el Cabo de Cartago la temida armada turquesca con cerca de trescientas naves y sesenta mil hombres de desembarco, mandada aquella por Aluch-Alí el tiñoso, y éstos por el yerno de Selim, Sinan-Bajá el renegado. Alzaron el grito ante la enormidad del peligro los cristianos de Berbería, y por cuantos medios tuvieron a mano enviaron a pedir socorros a Granvela, a Terranova y sobre todo a D. Juan de Austria, por lo que debía a su oficio y a la piedad cristiana. Quiso éste volar a su socorro abandonándolo todo y escribió antes al Duque de Sesa *que instase al Cardenal para que enviase gente de socorro a la Goleta, pues aquella provincia estaba a su cargo*. Mas imperturbable Granvela, contestó friamente *que tenía mucho que guardar en el Reino y no le convenía dividir sus fuerzas*.—«Esto era, dice Vander-Hammen comentando el hecho, dar color a la excusa; siendo la causa principal el poco gusto que tenía Granvela de acudir a D. Juan de Austria envidioso de sus favores de Marte y de Venus, y como extranjero y que sus hermanos conjuraron en la rebelión de Flandes». Con análogas palabras tan severas y duras como éstas, sin olvidar lo de *Marte* y de *Venus*, se expresa también Luis Cabrera de Córdoba, y el mismo D. Juan escribió a su hermana D.^a Margarita: «Al fin todo va, Señora, en peligroso estado: y en verdad que no es en parte toda la culpa de Su Mag.^d, sino en consentir a los que gobiernan sus Estados que no tengan por tan suyo el vezino y el que no lo es, como el que es a cargo de cada ministro».

Mientras tanto, cansado ya D. Juan de esperar órdenes, gente y dinero que no venían y tomando a punto de honra

propio el presentarse en Túnez, movíase con desesperada actividad de Génova a Nápoles, a Mesina y a Palermo, reclutando gente por todas partes y juntando naves y empeñando para ello su plata, sus joyas y hasta su palabra misma. Hasta que reunida en Mesina una mediana flota con no escasa gente de guerra y presto ya a darse a la vela para Africa, tropezó entonces con otro obstáculo más poderoso que la frialdad calculada de Felipe II y las malquerencias envidiosas del Cardenal Granvela. ¡El mar!... El terrible mar que levantado en furiosa borrasca le arrojó a Trápana, mal de su grado, y le detuvo allí días y días, dando tiempo a que los cristianos pudiesen y los turcos quedaran victoriosos... Por tres veces quiso salir del puerto desafiando el temporal, y otras tantas tuvo que retroceder ante las encrespadas olas: envió entonces cuatro galeras sin popas ni rumbadas para llevar a la Goleta la esperanza siquiera del socorro, y la implacable tempestad le cerró el paso tragándose a dos de ellas... Abonanzó al fin el tiempo, y antes de que D. Juan pudiera salir a la mar, entró en Trápana una galera francesa desarbolada y maltrecha que la tempestad arrojaba en aquel puerto. En ella venía don Juan Zagonera con cincuenta soldados, único resto libre de la brillante guarnición que dejara D. Juan en Berbería; por ellos supo éste el terrible desastre. Túnez quedaba en poder de los turcos: tres mil soldados muertos y los restantes acribillados a heridas o cautivos. Pagano Doria degollado: Gabrio Cervelloni, D. Pedro Portocarrero y D. Francisco de Ávila, esclavos de Sinan. El fuerte nuevo, arrasado sin ser concluido, y la Goleta, el glorioso recuerdo de Carlos V, volada con minas, borrada para siempre del suelo africano por Aluch-Alí, como borra el simún del desierto una huela humanal...

Los envidiosos de D. Juan cebáronse en él atribuyéndole

aquel desastre en que no tuvo parte ninguna; pero la opinión sensata y la popular, tan certera a veces y tan maliciosa, culparon a Granvela, y aun llegaron a cantarse por las calles coplas alusivas, que han llegado hasta nosotros. Algunos, muy pocos, decíanse al oído, como en aquel tiempo era preciso decir estas cosas, que el Cardenal no era responsable, porque al negarse a socorrer la Goleta, había obedecido a secretas órdenes de la corte. De esto, sin embargo, no existe prueba ninguna.

No abatieron estas desastrosas noticias el enérgico carácter de D. Juan; pero despertaron en su ánimo mil sentimientos diversos y bajo la impresión del despecho, el dolor, la dignidad herida y sobre todo de la leal franqueza de su corazón, que le impulsaba siempre a tratar las cuestiones de frente y no de soslayo, resolvió ir a España a tratar cara a cara con su hermano Felipe II tres cuestiones diversas que tenían entre sí conexión íntima. De su permanencia definitiva en Italia como Lugarteniente General de todos aquellos Estados.—De su reconocimiento como Infante de Castilla.—Del plan misterioso que Gregorio XIII le había propuesto.

Y así fué en efecto: por Enero de 1575 estaba ya D. Juan de Austria en Madrid, y el 15 de Febrero escribía a su hermana D.^a Margarita. «Señora, Yo, gloria a Dios, he llegado algunos días a, a esta corte, adonde he recibido tanta merced de Su Mag.^d que por solo esto doy por más que bien empleada mi vida. Después de aver llegado creo que se tiene entendido lo de Italia muy de otro modo de lo que antes se estaba. Pensé, como lo habia suplicado a Su Mag.^d, estar en esta corte algún tiempo; pero al fin se ha resuelto mandarme volver a esas partes, y con tanta priesa que se la da grande a despacharme. Creo me partiré mediado el mes que entra, y creo tambien que yré a empezar

nueva suerte de servicio en conformidad de lo que conviene al de Su Mag.^d Entretanto se atiende a vencer necesidades y a dar prisa a lo con que he de servir y defender este verano. A todo ello doy tan continua prisa que cada día en consejos y fuera de ellos, no hago cosa, que esto no sea; pero el tiempo está ya tan al verano, que no me contento de lo que no veo. Aquí, Señora, son todos Consejos; cada día tengo dos, sin otras mil ocupaciones que no me dexan tiempo que mio pueda llamarse, etc., etc.»

Don Felipe había sufrido efectivamente la especie de fascinación que la presencia de D. Juan ejercía, y no obstante los recelos infundidos por Antonio Pérez, recibióle con amoroso afecto de hermano, y la agradecida benignidad propia de un rey al caudillo que tanta gloria y lustre daba a las armas y nombre de España. Escuchóle detenidamente y con gran interés sus informes sobre las cosas de Italia, reformando muchos de los juicios que sobre ellas tenía. Dióle la razón en sus quejas contra los Virreyes y Ministros de aquellos Estados, especialmente contra Granvela y el Duque de Terranova: trató y fijó en varias sesiones y consejos los aprestos que habían de hacerse, según opinión de D. Juan, para precaverse contra el Turco aquel verano y humillar su orgullo engredido otra vez con el reciente triunfo de Túnez: y concluyó finalmente por nombrarle, con aprobación de todo el Consejo, y secreto espanto de Antonio Pérez, su Lugarteniente General en toda la Italia con autoridad sobre todos los Virreyes y Ministros que gobernaban aquellos Estados: esta dependencia había sin embargo de quedar secreta por decoro y prestigio de aquellos funcionarios, y sólo había de manifestarse en caso de abuso de autoridad o alarde de independencia. «Para con V. Alt.^a solamente, escribía D. Juan desde Nápoles a D.^a Margarita, y así se lo suplico yo por muchos respetos, traygo tam-

bien orden de lo que cada uno ha de hazer que es estar a obediencia; pero de esto se ha de usar quando algun Ministro se persuadiere lo contrario, lo cual no creo sucederá, porque por cartas han entendido lo que les toca».

Animado D. Juan con esto, atrevióse a presentar al Rey la segunda parte de su programa; que para exteriorizar, sin herir a nadie, esta supremacia sobre todos los Ministros de Italia, le concediera el rango y los honores de Infante que espontáneamente le daban todos grandes y pequeños. No se atrevió D. Felipe a negarle esta gracia que tan merecida tenía; pero con dilaciones y excusas, dióle a entender que aún no era tiempo. Y no era esto por malquerencia que le tuviera, ni por mezquina tacañería, ni mucho menos por celos, como algunos dicen, de su fama y su renombre; sino porque era máxima de aquel prudente Rey heredada de su padre Carlos V, la de estimular siempre los servicios de los Grandes con un premio proporcionado a su altura; y como de no dar a D. Juan una corona, que Felipe II no quería darle, no había otro premio digno de él, sino el Infantazgo, parecíale prematuro concedérselo ya, quedando todavía tantos y tan importantes servicios que esperar de su persona.

En cuanto al proyecto de Gregorio XIII no tuvo D. Juan que buscar la plática a su hermano. D. Felipe mismo le abordó el asunto que ya había tratado y resuelto con el propio Nuncio Ormanetto.

